

Testimonio

Emmanuel Mounier (Un filósofo como es debido)

Carlos Díaz

Profesor de Filosofía en la Universidad Complutense. Director de Acontecimiento. Miembro del Instituto E. Mounier.

1. Una vida profética en tiempos de crisis

Si una guerra mundial es horrible ¿cómo será la mentalidad de quienes –como Mounier– pasan en su corta vida no una, sino dos guerras mundiales? En cuarenta y cuatro años Mounier vivió dos guerras mundiales, la primera en 1914 y la segunda a partir de 1939, sin olvidar que en los dos casos Francia se encontró sumergida de lleno en ambas contiendas. Todo ello sin contar con que en 1929 cae la Bolsa de Nueva York y se produce la mayor crisis económica de la humanidad como resultado de un hecho semejante, la revolución comunista triunfa en el mes de octubre del 1917, y la guerra civil española preludia la mundial. Guerra sobre guerra, en 1948 triunfa la revolución comunista en China, y en 1950 se inicia la guerra de Corea? ¿Hay quien dé más guerras en menos tiempo? Mientras tanto, en 1933 triunfa Hitler, siendo asesinado Gandhi en 1948 por un brahman fanático como signo de unos tiempos que detestan la paz, o que sólo saben aquello de «si quieres la paz prepara la guerra». Además, el propio Emmanuel Mounier (1905-1950) también sufrirá heridas procedentes de guerras interiores y exteriores. Así las cosas, el «parte de guerra» sería el siguiente: dos bifurcaciones, una pérdida irreparable, y una cárcel con huelga de hambre que probablemente estu-

viera en el origen de su temprana muerte en 1950. Helo aquí, con el laconismo de los partes de guerra:

Su *primera bifurcación*: el abandono de los estudios de medicina en favor de la filosofía.

Su *segunda bifurcación*: el abandono de la brillante «agregación» de filosofía después de aprobada por



reñida oposición junto con otros nombres ilustres de la filosofía francesa, así como del camino universitario, en favor de un proyecto para el que no cuenta con apoyos, que se traduciría luego en la creación de *Esprit* en 1932, revista y plataforma de sociedad civil:

Lo que cuenta es que yo haya abandonado la carrera y que haya dado oportunidad a la necesidad de explosión que se acumula bajo la

superficie tranquila ante los ojos de mis amigos. Algunos días me divierto mucho asombrándome a mí mismo de esta audacia que hay bajo mi timidez y mi insuficiencia. Desconocido, sin un real, ¿soy yo el que empieza este camino? (carta a Madeleine Mounier, 27 de febrero de 1931).

Primera pérdida irreparable: encefalitis irreversible de su hijita: tras numerosos «diálogos» con aquella «hostia blanca» al pie de la cuna, diálogos de una ternura excepcional que pueden leerse en el tomo IV de las *Obras completas* (Ed. Sígueme, Salamanca, 1988), le escribe a su mujer: «Nada se parece más a Cristo que la inocencia sufriente» (16 de abril de 1940).

Primera herida: tras la fundación de los grupos de estudios de la resistencia después de la prohibición de *Esprit* en agosto de 1941 por los nazis que ocupan Francia, un duro peregrinar: ocho días en la prisión de Lyon, cinco semanas en la de Clermont-Ferrand, desde donde el 2 de febrero de 1942 escribe a sus padres:

No creáis que estoy hundido o sin fuerzas. Teniendo el corazón limpio y la conciencia recta ¿cómo iba a encontrar motivos para flaquear? Un poco aturrido al principio por lo imprevisto de la cosa, ahora me siento firme. Vosotros conocéis mi ritmo: un golpe de emotividad, fuerte agitación y dominio inmediato de mí mismo. Soy profundamente feliz por haber pasado por aquí. A un hombre le hace falta haber conocido la enfermedad, la desgracia o la prisión...

Filosofía para un tiempo de crisis

Ayer por la mañana oí la misa en una capillita muy pobre y muy sencilla, en la que la misa adquiría un sentido muy tranquilizador. Ya véis, cuando tantos hombres y niños sufren la muerte por culpa de malentendidos, hay que ofrecer pequeños sacrificios al malentendido.

Nuevo confinamiento administrativo en mayo de 1942. Huelga de hambre en la que pierde once kilos. Desde el hospital de Aubenas escribe el 1 de julio de 1942 al padre Henri de Lubac:

Dos sacerdotes, duramente reprendidos por mi policía-jefe, me han negado los sacramentos. Yo les perdono, pues vistas sus relaciones con Cerbère y la imposibilidad de abrirme bajo el secreto de una confesión que me niegan, no podía decirles todos los matices de mi gesto. Pero ¡vaya argumentos los suyos! Quería que usted lo supiera y rezara por mí.

Luego detenido político en Lyon, etc.

He ahí a un cristiano militante, siempre en favor de los pobres, que no sólo conoce al día la cultura dominante de su época para dialogar con ella (sobre todo a Marx, Freud, Nietzsche), sino para llevarla a la revista *Esprit* y allí confrontarla con caridad, firmeza, y espíritu de aventura. La puerta de su revista, a diferencia de las demás, siempre estará abierta para todos, su pie siempre en el estribo para ir y venir, su mirada más allá de Europa, llegando al África (su obra sobre *El despertar del África Negra* es sencillamente deliciosa), su mano siempre en el teléfono, sus rodillas siempre ejercientes ante Dios, su amor de padre y esposo ejemplar... Señor, danos muchos testigos como Emmanuel Mounier para gloria tuya y de todas las generaciones de buena voluntad.

En definitiva, lo que predominaría en Mounier no serían los partes de guerra, sino la grandeza de la paz, la paz cristiana que no es reblandecimiento, ni ocultación, ni falsa conciencia, sino presencia viva de Dios con nosotros: *Emma-*

nuel. Sin señales de autocrítica destructiva ni heterocrítica enemistadora, sin tensión desgarradora, Mounier no desespera. Construye, construye siempre en la línea de aquel Jesús de Nazareth, su Maestro. Por eso experimenta aquello tan suyo de «*todo sufrimiento integrado en Cristo pierde su fealdad, su misma desesperación*». Pascua de 1943, a su mujer: «Cualquiera que haya sido el matiz del sufrimiento en ti o en mí, mediante él hemos comulgado en una verdad más esencial que los matices, en una verdad eterna. Eterna, es decir, presente y fiel».

Su muerte, súbita: suele sacar a las personas de sus obras y de sus proyectos, incluso a las mejores personas de las mejores obras. Pero las lleva ya a lo eterno que salva.

2. Denuncia del grosero espíritu burgués

Sin permitir que su memoria se estancase en el pasado o su imaginación divagase por un futuro cuya posibilidad no late entre las virtualidades del ahora, Emmanuel Mounier asume la tarea de desalambrar, sabiendo que los alambres de espinos que tienen por función recluir a los esclavizados también pueden lesionar las manos de quien intenta romperlos para liberar a los presos; empero, siendo mucho y muy envenenado el alambre de espinos, tendrá que desalambrar mucho, *desarrollar una gran denuncia militante, aunque ello le costara la*

vida. He ahí los rasgos básicos de esa denuncia.

Ha caído el alambre de espinos del universo concentracionario comunista, se tambalea el cristianismo en el Occidente degradado, y sólo el capitalismo pervive, con una nueva alambrada de púas, eso, sí, cada vez más liberal. Pero en última instancia la victoria de este nuevo sistema alienador es la victoria del *espíritu burgués*. La burguesía, que comenzó siendo una clase social opuesta al proletariado en la evolución de la sociedad, no solamente se ha mantenido como clase social, sino que además ha inficcionado a las demás clases, y hoy alcanza ya la condición de categoría, un estilo, una manera de ser, una realidad antropológica: *aquella donde el egoísmo encuentra sus mejores aliados y sus raíces más profundas*.

Pocos como Mounier han luchado más denodada y testimonialmente contra ese cáncer, cuyas metástasis no han discriminado entre gentes de derecha, de izquierda, de centro, de ésta o de aquella ideología; precisamente por eso, Mounier dedicará la mayor parte de su artillería pesada a bombardear semejantes posiciones donde toda ruindad e iniquidad tienen su trinchera, haciendo imposible el cambio del corazón, es decir, el paso del individualismo al personalismo comunitario. El burgués es capaz de todo con tal de que su Ego nadie se lo limite; está dispuesto a blindarse, y si hace falta a partirse en dos, sus cuentas con el diablo, su espiritualidad con Dios,

lo malo –dice Mounier– es que una verdad dividida en dos no hace dos verdades, sino dos errores; y éstos, una vez desgajados del eje viviente, proliferan en todas las confusiones y en todos los engaños.

Buscando defender su lamentable causa, los burgueses mismos han formado frente común con gentes que –más allá de ser de derechas, de izquierdas o de centro–

Filosofía para un tiempo de crisis

son ante todo burguesas en su alma, y desde ahí denigran a quienes denuncian su egoísmo cual «espiritualistas» y/o «moralistas»: ¡como si la economía no fuera la sustanciación y cristalización del espíritu encarnado en pautas de conducta moral muy determinadas! Sólo que la economía en que la *forma mentis* del burgués cristaliza es una economía del Ego contra el género humano: el burgués contra la entera humanidad. ¿Quién no sabe que allí donde impera el egoísmo burgués ningún cambio sociopolítico favorable a la causa de la humanidad se ha podido desarrollar jamás?

Consciente de la gravedad del asunto, he aquí, pues, la denostación del espíritu burgués por Mounier:

Cada uno de nosotros lleva en sí una mitad, un cuarto, un octavo o un doceavo de burgués, y el burgués se irrita dentro de nuestra persona como un demonio en un poseído. Entendámonos. No se traspasa la frontera de la burguesía por el mero hecho de haber alcanzado una cierta cantidad de renta. El burgués frecuenta todas las latitudes, todos los medios; si su moral ha nacido en una clase, ésta se ha deslizado hoy, como un gas pesado, hacia las bajas regiones de la sociedad. Arriba, algunos grandes campeones o piratas de la industria, socialmente burgueses, se le escapan. Abajo, los violentos. En el intermedio, el mapa está lleno de lagunas, como el de un continente no sometido... El Copérnico de la moral no es Kant, sino el burgués. Todas las virtudes que giraron en órbita alrededor de la caridad, van, para él, a dar vueltas alrededor de la virtud del orden. Su medida no es ya el Amor que hace girar los mundos, es un código de tranquilidad social y psicológica.

La vida del burgués está ordenada a la felicidad. La felicidad, es decir, la instalación, el gozo al alcance de la mano como el timbre de la criada, felicidad estática, no salvaje, y asegurada. *Aurea mediocritas*. Una mediocridad toda de oro. Está ordenada a la propiedad; es decir, al sentimiento de la solidez del confort. La preocupación del cristiano consiste en ser, pero él, el burgués, no tiene otro fin que el tener. Escuchadle de-

cir: *mi* mujer, *mi* auto, *mis* tierras, ya se sabe que lo que cuenta no es la mujer, el coche, las tierras, sino el posesivo descarnado. Por esto ama el dinero: es necesario ser avaro para no quedar presa del destino...

El burgués ignora la cruz que el más miserable, el más pequeño rebelde, experimentan cada día. Se rodea de cosas bellas, como su mujer, es decir, de cosas agradables; se forja unas buenas costumbres y una buena conciencia; es un vividor. Pero la fealdad, el pecado, la muerte, nada de esto está presente en su vida; la soledad menos aún: es un hombre muy acompañado. No hablemos de la renuncia: la renuncia ¿no es desposesión? No es apto, decía Péguy, ni para el pecado, ni para la gracia, ni para el dolor, ni para la alegría. Hombre de salud, hombre de felicidad, hombre de bien: un hombre que ha encontrado su equilibrio, un ser desgraciado (*Revolución personalista y comunitaria*).

Mi auto, dice el burgués. Se equivoca: es el auto el que le posee a él. Es el auto el que se le impone; cuando el cielo está claro, le da el orden de marcha, y la carretera vibra bajo su paso; apenas se ha montado en él, el coche le acoge entre sus cojines, atrae sus brazos hacia los mandos y toma la iniciativa. A la vuelta, todos sus otros propietarios le esperan: su sillón, su puro, su periódico, su radio, su café, su teléfono y, dentro de sí mismo, ese otro él mismo que a veces desprecia, y que le aburre siempre.

Su ideal de posesión es el reposo pasivo, la languidez mortecina de los hábitos –esos extraños más nuestros que nuestros propios actos, en el sentido en que la caricatura es más exacta que la fotografía–. Rebaño sin dueño de amores anémicos, prostitución del espíritu en todas las encrucijadas del tópico y del ídolo colectivo, prostitución del co-

razón a la dulce mentira de las visiones tranquilizadoras, prostitución del cuerpo a las comunidades que crean una atmósfera y una preparación a las comodidades del corazón y del espíritu. El poseedor y su bien se envuelven en una especie de inmunidad contra los cambios de la vida y el contacto de los hombres. La conquistadora envidia, el apego apasionado dejan lugar a un sentido miedoso y susceptible –solemne o delicado según el humor– de la inviolabilidad.

Me contaron la historia de un hombre cuya vivienda fue desvalijada durante su ausencia, y que, incapaz de vivir en este lugar impuro desde entonces, se cambió de casa poco después. El burgués, que desfigura todas las cosas, ha desviado el sentido divino del secreto de los corazones, de las soledades inadmisibles, hacia un secreto de cajas fuertes, de presupuestos, de domicilios, de escándalos, de alegrías y de penas, hacia un general *se ruega no tocar*, que no es otra cosa que una manifestación contra el amor (*Personalismo y cristianismo*).

¿Cuáles son los valores del burgués? Por un gesto de orgullo viril ha conservado el *gusto por el poder*, pero de un poder fácil, al que abre camino el dinero, ahorrándose una conquista de frente; un poder, por otra parte, garantizado contra todo riesgo, una *seguridad*. Tal es la victoria mediocre soñada por el rico de la Edad Moderna; la especulación y la mecánica la han puesto al alcance del recién llegado. No es ya el dominio del señor feudal cercano a sus bienes y a sus vasallos; no es tampoco, en el peor de los casos, la opresión de un hombre sobre otros hombres. *El dinero separa*. Separa al hombre de la lucha con las fuerzas, nivelando las resistencias; separa a los hombres comercializando toda relación, falseando las palabras y los comportamientos, aislándose sobre sí mismo, lejos de los reproches vivos de la miseria, en sus barrios, en sus vestidos, en sus vagones, en sus hoteles, en sus relaciones, en sus escuelas, en sus misas; el hombre no sabe ya soportar más que el espectáculo cien veces regustado de su propia seguridad.

Ya estamos bien lejos del héroe. El mismo rico de la antigua época está en vías de desaparición. No hay más, sobre el altar de esta triste y falsa iglesia, que una deidad sonriente y horriblemente simpática: el burgués.

Filosofía para un tiempo de crisis

El hombre que *ha perdido el sentido del ser*, que no se mueve más que entre las cosas, unas cosas utilizables, desprovistas de su misterio. El hombre que ha perdido el amor: cristiano sin inquietud, incrédulo sin pasión, hace gravitar el universo de las virtudes, en su loca carrera hacia el infinito, alrededor de un pequeño sistema de tranquilidad psicológica y social: felicidad, salud, sentido común, equilibrio, placer de vivir, confort. El confort es para el mundo burgués lo que el heroísmo era para el Renacimiento y la santidad para la cristiandad medieval: el valor último, móvil de la acción. A él se subordina la consideración y la reivindicación. La consideración es la suprema aspiración del espíritu burgués; cuando no saca ya gozo en su confort, consigue al menos una vanidad en la reputación que posee en esta consideración.

La *reivindicación* es su actividad fundamental. Hace del derecho, que es una organización de la justicia, la fortaleza de sus injusticias. De ahí su radical juridicismo. Cuanto menos ama las cosas que acapara, tanto más susceptible es en la conciencia de su presunto derecho, que es para un hombre de orden la más alta forma de la conciencia de sí. No existiendo más que en el haber, el burgués se define ante todo como *propietario*. *Está poseído por sus bienes*. La propiedad se ha sustituido por la posesión (*Manifiesto al servicio del personalismo*).

El *pequeño burgués* no posee los signos exteriores y las facilidades del rico, pero toda su vida tiende hacia su adquisición. Sus valores son los del rico, achaparrados, acartonados por la envidia. No es rico solamente el que tiene mucho dinero. Es rico el pequeño empleado que se avergüenza de su chaqueta raída, de su calle, y que haría cualquier cosa antes que atravesar la plaza con un cesto en la mano. Es rica la mecanógrafa que acepta el mundo a causa de los favores del jefe, la vendedora que se hace partidaria de los objetos de lujo, el proletario que devora el ideal estrecho del empleado de banca, el joven antimilitarista que sueña en secreto con ser subjefe en la reserva.

Toda la vida privada del rico está dominada por un solo valor: *la consideración*. Toda la vida privada del pequeño burgués está dominada por un solo valor: el *avance* progresivo, que al fin y al cabo viene a ser lo mismo que la consideración.

Si no él, al menos es necesario que su hijo *se eduque, que tenga la vida más fácil de lo que nosotros la hemos tenido* (¡cuánto amor a menudo, padres, en estas fórmulas; pero no se trata de vosotros, sino del pequeño burgués que sois, o de las palabras que vosotros le pedís prestadas para traducir mal vuestro amor!).

No es ésta la economía de los verdaderos pobres... No: la economía del pequeño burgués es la economía para la riqueza, la que lleva al cuello duro, después al hotelito, después al coche, después al mar, después a que le presten la atención que se tiene con los verdaderos ricos, después de la igualación con ellos. Todo esto unido a una tiranía interior, con la falsa religión del trabajo para sostenerlas —el trabajo que hace ricos—. Entonces, de la mañana a la noche, aspereza, cálculos, precauciones, avaricia. Ni una generosidad, por supuesto: *ellos* no tienen que trabajar como nosotros. Ni una fantasía tampoco: ese gesto que nace una mañana con la alegría del corazón y que los pobres conocen bien...

Un tipo de hombre bien vacío —felizmente sobrevive, el bribón— de toda locura, de todo misterio, del sentido del ser, del sentido del amor, del sufrimiento y de la alegría, entregado a la Felicidad y a la Seguridad; barnizado en sus más altas zonas con una capa de educación, de buen humor, de virtudes de la raza, pero en lo bajo rodeado por la lectura somnolienta del diario, las reivindicaciones profesionales, el aburrimiento de los domingos y de los días de fiesta, con la sólo obsesión del último disco o de la última noticia escandalosa (*Revolución personalista y comunitaria*).

¿Qué decir, en fin, del juridicismo avaro, totalitario, de pequeños pesos, que regula los negocios exteriores de la *familia burguesa*? Anárqui-

ca y tiránica a la vez, es el más elemental de esos productos sociales, agresivos por fuera y opresivos por dentro, que se aglutinan formando posiciones egoístas. Constituida en sociedad cerrada, se construye a la imagen del individuo que le propone el mundo burgués: el sentido de la vocación y del servicio se encuentran en ella igualmente ahogados por la preocupación igualitaria y el espíritu de reivindicación; toda mística es igualmente expulsada de ella por el interés, por la voluntad de poder, o, más comunmente, por la complicidad en el confort; en ella las traiciones son enmascaradas por la misma hipócrita rigidez.

Todos los medios convergen para cerrar estos egoísmos sobre la fuerza que les confiere su asociación: espíritu de familia, honor de familia, tradiciones de familia; todas las grandes palabras se emplean para disimular el nido de víboras que no se quiere desatar. Ciudades de provincias, vestiduras de blancura y de lino para el turista comovido, y protectoras ciertamente de tantas heroicas fidelidades, ¡cuántos desesperados encerráis! Vuestro corazón erizado de odio, de desprecio, vuestros ritos palpitantes de celos, de vigilancias, de complots, de tontería, de despechos, ¿es ese el viejo tesoro de la civilización que nosotros tenemos que salvar? Algunos hijos pródigos han escupido en la cara de estos fariseos la rebelión de una infancia demasiado largo tiempo oprimida...

No hay ninguna dictadura visible, sino una dictadura invisible, la del espíritu burgués, la de la avaricia burguesa, la de la hipocresía burguesa. Salvar la familia, sí, pero —para salvarla— descubrir esas llagas que hierven y que se agrandan manteniéndolas cerradas, y llevar el rojo fuego donde los emplastos más eficaces no han podido curarla (*Manifiesto al servicio del personalismo*).

3. Denuncia del espiritualismo desencarnado

Pero el rostro del burgués es poliédrico y una de sus caras más estilizadas la constituye el *espiritualismo*, deformación por tumescencia de la vida espiritual, huída, apostasía, y todo ello asumido hipócritamente, con gesto desmayado, entre displicente y negligente:

Filosofía para un tiempo de crisis

Demasiados idealistas, demasiados pacifistas, demasiadas buenas personas y demasiados corazones nobles han hecho de lo espiritual una casa de retiro para los diversos reumatismos que acarrea la existencia. Al primer dolor dan un salto hacia el ideal, y en compañía de los grandes espíritus de todos los siglos y de todas las religiones, previamente vaciados de su carne y de su llama, reducidos al estado de fantasmas morales, hacen una triple y santa coraza de dulzura contra su misión de hombre...

En el campo de los Puros se encontrarán, ciertamente, almas orgullosas y exigentes. Pero se verá también frecuentar este campo a todos los portadores de quimeras que condenan la acción, no porque esté manchada (aunque así lo piensen), sino porque no encuentran en ella ningún placer: los débiles, los indecisos, los mitómanos, los temerosos y aquellos que se las dan siempre de efebos. Se les llama comunmente los idealistas. No trabajan por transfigurar la acción, la declaran un crimen. Incluso cuando creen actuar, se retiran hacia una línea de palabras generosas, palabras separadas del compromiso que en la elocuencia y en el fariseísmo están, aunque imperceptiblemente, en el centro de toda elocuencia moral (*Revolución personalista y comunitaria*).

Una forma perversa, universitaria y académica de espiritualismo o angelismo es el esperanto filosófico. ¿Y cómo no denunciar ese «espíritu fenomenológico» tan consustancialmente propio de la burguesía, especialmente de las burocracias u-n-i-v-e-r-s-i-t-a-r-i-a-s que consiste en castrar la vida? Esencias sin existencias, ciencias sin conciencias, palabras sin objetos, academia sin calle, abstracción sin concreción, feroz orgullo de casta burocrática, enemistad respecto de la verdad y servilismo de escuela, embrollo, oscuridad, verborrea, logomaquia, y allá a su frente el sillón y la moqueta, todo eso se traduce en una especie de esperanto filosófico que Mounier combate con su propia renuncia a una cátedra en tales circunstancias y con su correspondiente superación vital y filosófica:

La sociedad de los espíritus, en la que la serenidad de un pensamiento impersonal –en el límite, un lenguaje lógico riguroso– aseguraría la unanimidad entre los individuos y la paz entre las naciones. ¡Como si el pensamiento pudiera ser impersonal! ¡Como si una especie de esperanto para filósofos pudiera reemplazar el esfuerzo de cada hombre particular por dominar sus pasiones particulares y descubrir los valores objetivos que fundarán su conversación con los hombres! Y ¿qué comunidad se forjaría así? *Un pensamiento impersonal no puede ser más que tiránico.* Al creer en la infalibilidad automática de su lenguaje está menos dispuesta a dar a las libertades el tiempo que les hace falta, lo que les conviene para llegar a la verdad (*Revolución personalista y comunitaria*).

Si algunos rechazan el introducir la acción en el pensamiento y en la más alta vida espiritual es porque tienen de ella implícitamente una noción mezquina, reduciéndola al impulso vital, a la utilidad o al devenir. Pero es necesario entenderla en su sentido más comprensivo. Por parte del hombre, designará la experiencia espiritual integral; por parte del ser, su fecundidad íntima. El *lógos* es verdad; desde el cristianismo es también camino y vida (*El personalismo*).

4. Denuncia del «no conformismo» por principio, que al final colabora siempre con el desorden establecido

Aunque pueda parecer paradójico, el burgués acomodado, encerrado en su finca, en su bolsa y en lo

suyo en general, puede y suele presumir de espiritualidad elevada, así como de un interminable «no conformismo», enfermedad de hipócritas de relumbrón y de adolescentes narcisistas, incapaces de asumir riesgos más allá del histérico «no» que no abre paso al «sí» propositivo y constructivo:

Es un error creer que la autenticidad se consigue con simples proclamas de no-conformismo. El no-conformismo no es una virtud. No hay valores negativos. Hay una forma, hoy bastante frecuente, de no-conformismo que no es, por así decirlo, más que una especialización del conformismo. Se rechaza el sistema de valores más extendido para adoptar el de una categoría social más reducida hacia el que os arrastra algún interés, algún instinto, alguna desgana o alguna manía. Sin embargo, en la nueva sociedad así escogida, se comportan exactamente como el más vasto rebaño: repetidores de palabras, y buscadores de tranquilidades sociales. Las virtudes que han dado el impulso para pasar la frontera desaparecen una vez atravesada ésta. Las que nosotros exigimos no dejan nunca de atraer.

Una persona se prueba por unos compromisos. Un compromiso no es un carnet de partido: excelente medio para liberar la conciencia, para huir de las cargas del pensamiento y de la acción auténticas. Ni siquiera es una pasión militante, activa: hay hombres a los que les gusta moverse, o alimentar un cierto calor sentimental que poseen; ellos conmueven, sudan, demuestran; yo pregunto: *¿qué sacrificios hacen?* (*Revolución personalista y comunitaria*).

En realidad el hipercriticista, el eterno culo inquieto, el que no soporta defecto alguno en organización alguna, presume de lo que carece, por lo que traga camello mientras cuele mosquito, prestándose a la larga a colaborar con el *desorden establecido o/y con el que trata de establecerse.* De todos modos, carente del menor instinto de conversión, siempre encontrará argumentos para justificarse.

Una denuncia que no vaya acompañada al mismo tiempo por

una propuesta superadora es todavía una denuncia poco fuerte; sólo a la luz de una propuesta superadora adquiere lo denunciado una mayor exigencia de transformación.

5. Anuncio profético: frente a desorden establecido, optimismo trágico

5.1. La ajena miseria, punto de partida

La experiencia o la proximidad de *la miseria fue nuestro bautismo de fuego*. El cuerpo totalmente herido del proletariado como un Cristo en cruz, los fariseos alrededor, la alegría de los mercaderes, los Apóstoles que han huido, y nuestra indiferencia como la noche abandonada del calvario (*Revolución personalista y comunitaria*).

5.2. Frente a desorden establecido, optimismo trágico

Nada, en la relación del hombre personal y del mundo, evoca una armonía a lo Leibniz. La inseguridad, el cuidado, constituyen nuestra herencia. Nada deja prever que esta lucha pueda finalizar en un plazo determinado, nada nos induce a dudar que sea constitutiva de nuestra condición. La perfección del universo personal encarnado, supuesto esto, no es la perfección de un orden como lo quieren todas las filosofías (y todas las políticas) que piensan que el hombre pueda un día totalizar el mundo. Es, al contrario, la perfección de una libertad combativa y que combate duramente. Y así subsiste aun en las derrotas.

Entre el optimismo impaciente de la ilusión liberal o revolucionaria y el pesimismo impaciente de los fascismos, el camino propio del hombre es ese *optimismo trágico* en el que encuentra su justa medida en un clima de grandeza y de lucha (*El personalismo*).

5.3. Optimismo trágico y esperanza activa

Partimos por un camino en el que sabemos que jamás estaremos desocupados, jamás desesperados: nuestra obra está más allá del éxito,

Filosofía para un tiempo de crisis

nuestra *esperanza* más allá de las esperanzas.

Nuestra acción no está dirigida esencialmente al éxito, sino al testimonio. Y aunque estuviéramos seguros del fracaso, partiríamos de todas formas: *porque el silencio ha llegado a ser intolerable*.

Nuestro optimismo no consiste en calafatear el futuro con nuestros sueños: ¿quién conoce las geografías de las potencias del bien y del mal, de sus promesas, de sus posibilidades? No, nuestro optimismo no está vuelto hacia el porvenir como hacia una solución. El éxito es algo sobreañadido. El reino en que creemos existe desde este instante, si yo lo acepto, como un fulgor que me rodea.

Es *la esperanza* una virtud presente, una sonrisa en las lágrimas, una brecha en la angustia. La esperanza es la confianza de la fe, y no la espera morbosa de compensaciones imaginarias por las decepciones de hoy (*Revolución personalista y comunitaria*).

5.4. La autoridad como servicio, en la base de la esperanza activa

En una organización personalista hay responsabilidad por todas partes, creación en todas partes, colaboración en todo: no hay gentes pagadas para pensar y otras para ejecutar, y las más favorecidas para no hacer nada.

Pero esta organización no excluye la verdadera autoridad, es decir, el orden a la vez jerárquico y viviente, en el que el mando nace del mérito personal, sino que es sobre todo una vocación de suscitar personalidades, y aporta a su titular, no un suplemento de honores o de riqueza, o de aislamiento, sino un cúmulo de responsabilidades (*Manifiesto al servicio del personalismo*).

5.5. Servicio: sólo se posee lo que se da

La posesión no es un derecho de conquista, sino un poder de dominio sobre un mundo ya ordenado. Pide, pues, que yo sepa reconocer una presencia en la cosa o en la persona poseída: *no se posee más que lo que se acoge*. Es lo mismo que decir que *sólo se posee lo que se ama*.

Es necesario ir hasta el extremo porque aún el mismo amor tiene sus vueltas de egoísmo: *sólo se posee aquello a lo que uno se entrega*, y en ciertos casos no es paradójico decir que *sólo se posee lo que se da* (*Revolución personalista y comunitaria*).

5.6. En resumen: vigencia del personalismo comunitario

Nunca afirmaremos lo bastante —para evitar crueles desilusiones— que no creemos por nuestra parte en el milagro de las instituciones. Estas pueden hacer mucho en favor de la opresión, y por eso nos rebelamos contra las que son opresoras. Ciertamente también pueden hacer mucho en favor de la creación de una atmósfera, de unos hábitos capaces de otorgar una dirección a nuestros gestos, de arrastrar la máquina, y por eso trabajamos por reemplazar aquellas que corrompen las costumbres y bloquean la máquina... *Pero no son las instituciones las que hacen al hombre nuevo; es un trabajo personal del hombre sobre sí mismo en el que nadie puede reemplazar a nadie*. Las instituciones nuevas pueden facilitar la tarea, pero no asumirán su esfuerzo. Incluso las mismas facilidades que le procurarán, si a ellas no les arrastra otro vigor espiritual e interior, le conducirán lo mismo a la relajación que a la renovación. Las políticas juegan con nuestras cobardías. Nos hacen esperar nuestro sueño de un milagro institucional y nos alejan al mismo tiempo del esfuerzo orgánico siempre urgente.

Deberían presentarnos la revolución institucional como una condición necesaria para dar el impulso que desatascaría la máquina pública, y no como el término mágico del mundo perverso, y como su reglamentación a destajo. Deberían incitarnos a comenzar en nosotros mismos desde ahora un trabajo de conversión (*Revolución personalista y comunitaria*).